



Ilmo. Sr. Alcalde de Puente Genil.
Rvdo. Arcipreste de la Villa.
Sr. Presidente de la Agrupación de Cofradías, Hermandades
y Corporaciones Bíblicas.
Manantero Ejemplar del año 2002.
Señoras y Señores.
Hermanos todos:

Necesariamente mis primeras palabras han de ser palabras de agradecimiento, breves y sinceras, nacidas en lo más profundo de mi corazón.

Gracias, hermano Joaquín, por tan bellas como excesivas frases de elogio, más propias de la hermandad que nos une, que de mérito en justicia se pueda reconocer en mí.

Gracias, hermanos, por el cariñoso recibimiento que acabáis de dispensarme.

Gracias a mis hermanos de Corporación al proponerme como Pregonero, extremando su fe en el hombre, quizás pensando que hablaría más el corazón que el conocimiento.

Gracias al hermano Presidente de la Agrupación de Cofradías y Corporaciones Bíblicas por confirmarme en tan alta distinción.

Gracias a todos vosotros, soberanos mananteros, que al conjuro de la Semana Santa sabéis convertir el agua insípida del Pregonero en vino generoso y mi sincera emoción en sabiduría.

Gracias a todos los que habéis contribuido y estáis contribuyendo al mayor esplendor y solemnidad de este acto.

Con vuestra licencia, digna y docta asamblea manantera de Puente Genil, que formáis el más ilustre jurado de la villa; con vuestra licencia, deseo dar comienzo a mi intervención encomendándome a Nuestro Padre Jesús:

Por la señal de la Santa Luz, de la Santa Luz con la que nos ilumina Nuestro Señor y que enciende este cirio, común para todos los pontanenses y que alumbrará en la andadura emocionante y apasionada de nuestra Semana Santa.

Por esta señal y con esta Luz emprendo impulsivamente y con ilusión la misión encomendada por el Hno. Presidente de la Agrupación de Cofradías y Corporaciones Bíblicas, y porque conozco mis limitaciones y lo grande y complejo que es el tema a desarrollar, invoco la Luz Primera, para que me ilumine en este trance de hacer luz sobre la luz bendita por la Gracia, y para que el apasionamiento que engendra mi corazón no vele mi voz.

Ruego al Señor que esta voz, al menos por el tiempo que dure este pregón, suene segura, clara y fuerte, como la de los antiguos pregoneros, y lleve hasta los últimos rincones nuestras alabanzas a Jesús Nazareno y a su Bendita Madre.

A Ti me encomiendo, Señor: Concédeme un corazón limpio y un verbo fluido y vibrante, para cantar tu Pasión Redentora y los Misterios Dolorosos de María Santísima. Permíteme, Señor, pregonar las excelencias de nuestro pueblo y de su Semana Santa, nacida de un beso de tu Amor Divino para todos los pontanos y que para nosotros es fuente de Amor Fraternal y la más antigua, más noble, más sincera, más popular, más arraigada, más honda, más sentida y más sublime de nuestras celebraciones religiosas y de nuestras tradiciones.

Con vuestra licencia, hermanos, a la que pido perdón por el atrevimiento que supone llegar ante vosotros, que constituís esta especie de Cabildo anual, magno y solemne, para exaltar lo que todos conocéis mejor que yo, y vivís desde siempre con la mayor intensidad y más fervorosa devoción.

No seré yo el zahorí que descubra el manantial de la sabiduría manantera, ni he recibido la ciencia infusa que explique el misterio profundo de la Semana Santa de Puente Genil. Sólo puedo ofrecer mucho tiempo de ausencia, mi fe ciega en el Humilde Nazareno, mucho amor a Puente Genil, mucha ilusión en su Semana Santa y toda la sangre pontana de mi corazón, de donde han salido, a borbotones, estos folios faltos de aliño.

Sólo en unos corazones impregnados por el Amor Nazareno, sólo en vuestros corazones reunidos en un gran corazón latente, podremos encontrar el secreto y la verdad de la Semana Santa, que es tanto como hallar la razón existencial de Puente Genil, la vibración constante que mantiene su existencia.

Por todo ello, solicitando vuestra natural benevolencia y confiando en vuestra generosidad, he de decir como el Centurión de los Milagros de Jesús: Señor, yo no soy digno. Y como el publicano del Evangelio: Compadécete de mí, Señor.

Mas antes que este cirio que nos alumbra consuma más cera, permitidme que tenga un emocionado recuerdo para aquellos hermanos, que atendiendo la llamada del Nazareno, se levantaron de la mesa de nuestro Cuartel sin consumir su último brindis, y desde el Cielo, sonrientes, están esperando el tributo de nuestra dedicatoria.

A nuestros hermanos, que consumieron el cirio de su vida en la llama siempre ardiente del Amor.

A nuestros hermanos, que jamás pensaron en recompensa alguna por la entrega generosa a lo largo de su dilatada vida manantera, bastándole su conocimiento y su cariño por nuestra Semana Santa.

A todos vosotros, hermanos mananeros de hoy, que si para nuestros antecesores fuisteis la esperanza de un futuro mejor, sois la levadura de los que mañana serán nuestros sucesores con renovada ilusión.

También quisiera que este Pregón fuera un homenaje a las voces que nos precedieron en el tiempo, a los recuerdos de los ancianos, a los versos de los poetas pontanos, al trabajo de los trabajadores, al ocio de los exentos, a los que nos miran con indulgencia, a los que involuntariamente cometen errores y tienen miradas en contra suya, a los humildes, a los afligidos, a los privados de libertad, a los que padecen bajo el peso de su cruz, a los estudiantes, a los silenciosos, a los artistas, a los que aman esta tierra, al llanto de los recién nacidos, a las conversaciones en casa amiga, a la fuerza de los entregados, a las tertulias alrededor de una botella de vino..., en fin, a todos los hombres y mujeres, niños y niñas de Puente Genil, presentes y ausentes, que tienen capacidad en el corazón abierto y amoroso de Nuestro Padre Jesús Nazareno.

Permitidme que este Pregón también sea para mis hermanos de El Cirio, con los que comparto pan y vino, confidencias personales y alegrías, con los que me integro en la paz del cuartel y me distinguen con su inestimable amistad.

Y a mi madre, que está en el cielo. Ya mi padre, que me abrió la puerta de El Cirio que él forjó junto a los hermanos fundadores.

Ya mis hermanos. Ya mi mujer y a mis hijos y a mis nietos, que tanto amor se merecen.

A ellos y a vosotros, hermanos, va ofrecido este Pregón, que llevaremos estrechamente unidos bajo la dulce carga de Nuestro Señor y de María Santísima, ungidos por la gracia venerable de la tradición pontana, al son de la misma marcha procesional, por el camino que ayer nos abrió la Virgen de la Guía, magnífica y radiante obertura para esta luminosa sinfonía religiosa de la Semana Santa, y que ahora continuamos en esta mañana mananera, en la que la Iglesia, nuestra Madre, nos exhorta al júbilo por la Redención.

Nos recuerda el viejo dicho popular que el que no estrena en Domingo de Ramos, no tiene manos. Puente Genil estrena hoy el aire, la luz, la mañana, los colores, los sonidos, los olores... porque Puente Genil tiene manos y tiene alma. Ramos de Olivo en las misas; en Miragenil, Santiago recibe de Sevilla, río arriba, la brisa que le presta el mar, y con la brisa sevillana la más temprana de las procesiones del tiempo sagrado de Semana Santa, en la madrugada de este Domingo de Ramos, recorriendo las calles del casco antiguo de la Villa: la Cofradía de Nuestro Padre Jesús de las Penas y de Nuestra Señora Reina de los Ángeles. Aquí, en la iglesia del antiguo Hospital, el Señor de la Humildad y la Virgen de la Amargura oyen los trinos de los pajarillos que revolotean su cielo; el Cerro de los Moriscos se transforma en Huerto de los Olivos, y de San José saldrá la procesión de las Palmas, la más juvenil de las procesiones. Los chiquillos corretean estrenando zapatos y Semana Santa. Hay gente que va y viene, madres que túnicas planchan, torrijas de dulcería. Hombres que andan por la calle de la Plaza, por la calle Aguilar, por la Matallana... con sus trajes nuevos y su ramita de olivo ensartada en el ojal de la solapa, y se escuchan los sonidos que proclaman nuestra mejor primavera. El azahar, los pájaros, los niños, el reloj de la Concepción que da las nuevas doce campanadas... Al Pregón, que es la hora.

En esta mañana de Domingo de Ramos en la que todo ya es nuevo, todo huele, todo sabe y todo suena a Semana Santa, porque Puente Genil entero es flor, néctar y cantar, que con su aroma, su sabor y su música nos está llamando a todos los sentidos, puertas secretas del corazón, para que dispongamos nuestro espíritu para gozar de las bellezas inefables de nuestra gran fiesta religiosa. De esa gran fiesta religiosa para la que hay que estar alentados por algo superior a nosotros mismos, ya que de otra forma resultaría totalmente inexplicable, pero que realmente todo tiene sentido en este punto del mundo a los pies del Nazareno. Aquí, bajo un cielo luminoso e inmutable, al Sur de la antigua Hispania, en el curso medio del romano Singelis en su discurrir a través del Surco Intrabético, desde Sierra Nevada hasta su confluencia con el Guadalquivir, en el centro Geográfico de Andalucía, sobre un paisaje feliz, donde el cauce del Genil se encuentra limitado por suaves ondulaciones del terreno, que hace correr al río por un paradisíaco valle embellecido por los caprichosos recodos de las aguas y dos riberas continuadas de huertas bien laboradas, en este lugar privilegiado del mundo, se levanta Puente Genil, el pueblo donde nací, aunque para mí es algo más: es el país de mi fantasía, el paraíso de mi niñez y mi primera juventud, el reino de mi nostalgia y es también mi tierra elegida, en cuyo corazón germina la hermandad y donde encuentro mi Cuartel y mi refugio, donde alimento mi espíritu con la paz que me proporciona la convivencia distendida con mis paisanos, con mis amigos, con mis hermanos de Corporación, del que guardo mis más bellos recuerdos y donde nacen mis más puros ideales.

Pero no solo para mí, no solo para nosotros ha sido polo de atracción la riqueza de este suelo, la bondad de su clima y la generosidad de este sol. Todo ello ha sido un bien codiciado por gentes de todos los tiempos y de los más remotos países conocidos. Su situación geográfica ha facilitado el asentamiento de antiguas civilizaciones: Por aquí estaba la legendaria y heroica ibero-tartesia Astapa; somos ricos en yacimientos arqueológicos de la cultura romana; un castillo árabe enseña nuestro paisaje y campea en nuestro escudo; y doce familias cristianas, nobles y escogidas, fueron la base humana del nuevo Pontón de Don Gonzalo.

Puente Genil, por su ubicación geográfica, siempre ha sido un importante nudo de comunicaciones abierto a todas las corrientes sociales y culturales de Andalucía; y por su historia, por el asentamiento de civilizaciones de signos tan opuestos, favoreció una compleja hechura cultural, acrisolando ideas, ritos, costumbres y formas de ser de nuestro pueblo. Nuestra geografía fue acogiendo las sugestivas culturas romana y musulmana, para abrazarlas estrechamente hasta conseguir una voluntaria identificación con el sensualismo idealizado del Mediterráneo Oriental y el pragmatismo de base senequista, hermanándose más tarde con la cultura figurativa del barroco católico, que acaparó la vida y la conciencia del pontanés.

De ahí las características propias de nuestro pueblo, de nuestras manifestaciones sociales y religiosas. Por eso nuestras procesiones de Semana Santa tienen una imperecedera tradición y unas características propias, que las diferencian de otras manifestaciones de religiosidad popular de otros pueblos españoles.

En otros pueblos o ciudades la Semana Santa se vive normalmente en dos planos diferentes. Por una parte el plano de los actores, compuesto por el paso procesional y los penitentes; por otra parte, el plano de los espectadores. Y entre ambos planos solamente la saeta sirve de conexión momentánea entre el cantautor y la procesión. Pero aquí, en Puente Genil, todo es diferente, todo el ambiente se desarrolla maravillosamente en un único plano en el que todos somos actores, todo Puente Genil participa en la Semana Santa. El grupo congregado en una esquina, un portal abierto a la calle, el ambiente en la plaza, los

escaparates de los comercios, el ir y venir por las calles..., todo el pueblo forma parte de esa fiesta popular como ninguna otra, única, porque no hay manifestación colectiva sincera si no brota de la entraña popular.

La Semana Santa para el pontanés es algo trascendental, se siente y se vive, late en nosotros de manera profunda y oculta desde que despertamos a la vida. Es como un anhelo, como una inspiración que nos mueve y arrastra en su multicolor palpitar, pues todo está saturado de ella. Nuestra Semana Santa es del pueblo y para el pueblo: nuestro temperamento la ha amasado a lo largo de los siglos; y las costumbres y las tradiciones de un pueblo se han de mirar siempre como proyección necesaria del alma de sus habitantes.

Este sentimiento profundo, esta identificación de nuestras gentes con nuestra tierra, nos autoriza a afirmar que Puente Genil y Semana Santa forman un binomio indivisible. La Semana Santa es para Puente Genil su seña más identificativa, la Semana Santa es para el pontanés la clave de su identidad. Puente Genil sin Semana Santa sería otro pueblo y nosotros seríamos otras gentes. La Semana Santa representa para Puente Genil el motor que genera el más importante movimiento social, cultural y espiritual. Y por ser tan sincero este sentimiento, tan puro y tan popular, también lleva el sello indeleble de una virtud cristiana principalísima: la fraternidad. La cualidad más apreciada en el mundo mananero, porque resplandece sobre los intereses personales, sobre las diferencias sociales, intelectuales, políticas y económicas. De ahí que deseemos vivir en esta fe, de permanecer en Semana Santa durante todo el año, para que esta vivencia en el Evangelio de Cristo, este deseo de perfección, esta ejemplar conducta humana sea continua, para que así perdure la fraternidad entre los hombres que Cristo predico y nos recuerda siempre que contemplamos su bendita imagen. Porque ¿quién no va a sentirse hermano de los otros hombres al contemplar a Nuestro Padre Jesús de la Humildad y Paciencia? Y como esto lo sentimos y lo sabemos desde niños, que nuestro Padre es Jesús, nosotros tenemos que ser hermanos; que para eso todos los años sale de su ermita Jesús Nazareno, para recordarnos que cargó con la cruz para que nosotros, sus hijos, permanezcamos unidos para siempre en la fraternidad cristiana.

¿Quién, al contemplar esta imagen de Nuestro Redentor, llena de belleza y perfección, no se siente sobrecogido por su sufrimiento, su dulzura y extrema Humildad, e impresionado exclama?:

Tú eres, Señor la Eterna Humanidad,
sentado en la piedra de la inclemencia,
deslumbrando al Sol tus sacras potencias
redentoras, dulce Dios de la Humildad.

Tus ojos, remansos de paz y bondad,
traslucen tu infinita indulgencia,
tierna mirada de Amor y Paciencia
a los que desprecian tu Divinidad.

Tu rostro sólo refleja dulzura
en espera de la oración silente
que alivie a tu Madre su Amargura.
Tú, que nos diste Vida con tu Muerte,
llena este mundo de tu hermosura
y bendice a tus hijos de la Puente.

Esta noche, noche de Domingo de Ramos, cuando el pueblo, un año más, ya haya recibido triunfalmente a Jesús entre palmas y hosannas a su salida del templo parroquial de San José, reconociéndole como el Mesías esperado, y cuando el Divino Maestro bendiga con sus últimas sonrisas a las almas puras de la infancia pontana, en cuyos ojos se reflejarán como lucecitas de esperanza, Puente Genil se aprestará para el último encuentro cuaresmal a los pies del Nazareno.

Desde la primera subida al Calvario, sábado siguiente al Jueves Lardero, el pueblo, sábado tras sábado, siguiendo el calendario de la tradicional, querida y respetada Vieja Cuaresmera, ha subido a la ermita del Patrón tras las bengalas y grupos de música del Imperio Romano y, poco más tarde, con la Corporación de Los Ataos. Todas las Corporaciones y gran parte de la población pontanense se funde en ese único palpitar que manda el corazón de Puente Genil, y todos encontrados, unidos y contentos, en riada humana que asciende desde el barrio de la Isla hasta la cumbre del Calvario, siguiendo el viejo itinerario de un vía crucis del que se guarda tradicional recuerdo y algunas cruces de su largo recorrido, abrazados en la alegría que propicia la hermandad, regalados por generosas uvitas (mínima expresión vínica y máximo exponente de la amistad) para testimoniar su amor y devoción al Amo de todas las cargas.

Y durante el mismo periodo cuaresmal va atendiendo la devoción y obligaciones cofradieras, se entrega en cuerpo y alma a la preparación de la Semana Santa, acentúa las convivencias cuarteras, cumple religiosamente en la fe y con las imágenes de sus amores y se regala el espíritu con los cánticos celestiales de los ángeles varoniles de la Schola Cantorum, cubierta la etapa gloriosa de quinaros, sermones y letanías. Allí, en la ermita del Patrón han sido y serán los himnos, los cánticos, las saetas, las alondras, que como oraciones son dirigidas a Jesús Nazareno y a María Santísima de los Dolores, viendo en sus benditas imágenes toda la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús y todas las advocaciones de María, bajo el cielo iluminado por la luna llena de Primavera, Manuel Mendoza Carreño, hermano fundador de El Cirio, Pregonero de la Semana Santa de Puente Genil, poeta fecundo y sensible, académico, que goza en la Paz del Señor, movido por su corazón mananero e inspirado por Nuestro Señor, nos dejó escrito este cántico, para que con él alabásemos al Hijo del Hombre. Escuchemos esta muestra de devoción, musicada por Rafael Sánchez:

Quieren ofrecerte el lirio
de su fe y de su piedad
los hermanos de El Cirio
que te aman con delirio
Santo Dios de la Humildad

Deseo guardar memoria y tributar homenaje a una labor dignificada por la humildad, el trabajo y la tradición mananera, pero no silenciosa: la del muñidor. Aunque existen muchos en la historia y todos dignos de mención, tres nombres me llegan con el recuerdo: Pascual Cuadra, José Mío y Juan Cejas, que representan a tres generaciones de muñidores, hombres cubiertos con la túnica ajada por las inclemencias del tiempo de muchas procesiones; hombres con corazón de niño, brazo de acero y mano de bronce; mágicos precursores sonoros

de las procesiones de la Semana Santa de Puente Genil, que con su encantador tintinear despiertan nuestro corazón, avivan nuestro espíritu y reclaman nuestra presencia, anunciándonos que tras la campanita vienen Nuestro Padre Jesús y la Reina de los Cielos.

El muñidor, junto al alpatana, es figura querida por el pueblo pontanés, esculpida en monumento mananero y cantada por los mejores poetas locales, y es también virtuoso sonador de un instrumento tan antiguo como sencillo, que con sus vibraciones despierta viejos recuerdos, presta una sonrisa a la nostalgia y conmueve el corazón, dejando sus ecos en el alma y un sentimiento íntimamente inexplicable.

Por ello, que Dios, Creador de los sonidos celestiales, premie a quien haga sonar la campanita, permitiéndonos recibir sus emotivas vibraciones.

Es posible que espectadores foráneos, venidos de tierras alejadas de Andalucía, sin un conocimiento profundo de nuestra Semana Santa, en su observación superficial vean en nuestra celebración una serie de componentes profanos: vino, apariencia desordenada, alegría, exterioridad; aspectos totalmente en desacuerdo y opuestos a la conducta aparente en regiones de otro temperamento, por ejemplo: León, Castilla, La Rioja, Cataluña... Efectivamente, aquí en Puente Genil, en el corazón geográfico de Andalucía, las manifestaciones religiosas populares y colectivas son por naturaleza coloristas, exteriores y, llegado el caso, risueñas. Pero cuando ese espectador consigue penetrar al fondo de nuestros sentimientos y capta el espíritu de nuestras celebraciones, descubre que existe una grande, sincera y auténtica religiosidad, que si en su forma más expresiva es la fraternidad, su limpio fondo, su fuente espiritual es la devoción, es el amor a Nuestro Padre Jesús Nazareno.

Y para comprobar esta afirmación no hay que esperar que Jesús salga de su ermita al amanecer del Viernes Santo. Cualquier día es bueno para ver las visitas que recibe Jesús; cuánta devoción y cuánta fe manifiesta en todo momento el pueblo de Puente Genil a su excelso patrón, cuán presente está siempre en su mente y en su corazón, y esto se hace más evidente el Martes Santo, cuando sus hijos, desde primera hora, suben a la ermita por la empinada cuesta empedrada. Dentro del templo se hace el silencio y los pontanos, en larga hilera, esperan besar los pies del Divino Maestro. Y ya lo ven a lo lejos. El Señor viste la túnica de estar por casa, tan corriente con los suyos, recibiéndonos con la mirada y mil palabras que se adivinan y las recibe el alma. Lentamente los segundos pasan y sin darnos cuenta ante Él nos encontramos, viéndonos cara a cara. El nos mira con dulzura, nosotros bajamos la mirada para ponernos a sus pies y depositar un beso a sus plantas. Son pies que templan y paran el dolor, los grandes males y malas rachas, las mentiras que quedan y las verdades que pasan. Miras al Señor y le hablas con tu corazón, sin palabras. El está allí, tan humano, que parece escucharlas. El está de pie aquí, en su pueblo, y viéndolo se diría que este Señor tiene alma, del modo como le miran las madres pontanas, del modo como un hermano, silencio y devoción en la mirada, le va limpiando los pies con una telita blanca. Son pies que han caminado, son pies dignificados por el dolor de la vida, pies de carpintero, pies del campo, pies del tejar, pies de andar por la Matallana predicando un Evangelio de Amor y Esperanza.

Y es que Dios, cada primavera, en su ermita nos ofrece su imagen y su mirada de Padre Amantísimo, y nos enseña sus manos y sus pies, para que los bese todo el que quiera vivir con fe y con piedad la Semana Santa.

Producto de la contemplación de Nuestro Padre Jesús Nazareno y de esta vivencia emotiva y compartida por los pontanos, son estos versos allí concebidos:

Encarnado en tu dolorosa postura,
siendo Dios Poderoso eres tan humano,
que más que Padre Creador eres hermano,
esperando mi llegada con dulzura.

La luz que irradia tu bendita figura
guía mis pasos y, a un gesto de la mano,
tus pies beso amoroso como cristiano,
desahogando a mi Dios de pena tan dura.

Pies carpinteros de divina andadura,
pies de hombre por el dolor santificado,
que al andar abrieron sendas sin pecado,
y besándolos, me conviertes en criatura
de tu Reino y de tu Amor lirio morado,
sin ser merecedor de tanta ventura.

Totalmente imposible hablar de la Semana Santa de Puente Genil sin pronunciar la palabra MÚSICA. La música siempre ha sido apreciada por todos los pueblos cultos. Solón y Licurgo, legisladores de la antigua Grecia, la consideraban como parte esencial de la educación, creyéndola necesaria al Estado como sostén del espíritu y de la fuerza nacional. Por Platón sabemos que la razón, unida a la música, conserva por sí sola la virtud durante toda la vida en el alma donde habita.

Es difícil fijar los orígenes e influencias de la música primitiva cristiana, aunque sí la esencia y el fundamento de la misma, que los historiadores sagrados basan en textos del Antiguo y Nuevo Testamento y en Los hechos de los Apóstoles. Desde el cántico que Moisés y el pueblo hebreo elevaron a Dios, pasando por el de David, en el que manifestó su dolor en un canto plañidero por la muerte de Saúl, hasta los salmos que cantarían el propio Jesucristo.

La música es ante todo una expresión sublime, que da cuerpo a las aspiraciones hacia lo infinito, encaminando sus cantos al cielo, elevados por las alas de la fe.

Decía Ricardo Molina que la Semana Santa de Puente Genil es más para ser cantada que descrita, porque Puente Genil - no en vano es la patria de aquel genial poeta que se llamó Manuel Reina Montilla-, siente como un poeta su Semana Santa, le realiza como un pintor y la canta como músico inspirado, uniendo en fiesta sin igual sentimiento, color y armonía.

¡Qué definición más poética, más justa, precisa y auténtica! Sí. La Semana Santa de Puente Genil es armonía y es melodía. Y Puente Genil también es patria de laureados músicos, que combinando artísticamente armonía y melodía consiguen tan inspiradas composiciones que conmueven la sensibilidad de los pontanenses.

La Semana Santa de Puente Genil tiene vida y música propias. Música de marcada raíz pontana, música con sello diferencial, que la hace única en el concierto sinfónico universal semanasantero. Música instrumental creada para nuestros desfiles procesionales, adaptada perfectamente a nuestra geografía urbana, que recoge en sus notas la vitalidad y el sentimiento devocional mananero, logrando una comunicación idónea, sonora, vibrante y emotiva entre el pueblo y Nuestro Señor y su Santísima Madre, para los que realmente fueron compuestas e interpretadas estas obras musicales: unas como cánticos corales, en los que se conjugan magistralmente música, poesía, voces y sentimiento; otras como trágicos, punzantes y dolientes Misereres o la misericordiosa plegaria amorosa del Stabat Mater; otras como solemnes marchas lentas con las que acompañar procesionalmente a las benditas imágenes de Jesús y María; otras como marciales marchas triunfales de un Imperio Romano dominante, que llena las calles de Puente Genil de ese brillante colorido que es la luz del casticismo pontanés.

Tantos títulos y autores de tal sensibilidad para el espíritu, de tal belleza en su composición y tal delicadeza en su interpretación, que podemos sentirnos realmente orgullosos de contar en nuestro bagaje cultural local con obras de tanta perfección.

Ardua tarea recordar en estos momentos a la totalidad de inspirados autores que nos legaron tan amplia relación de títulos musicales, pero ¿cómo no mencionar al histórico maestro Medina, autor de la Diana a Jesús Nazareno?. ¿Cómo omitir a los clásicos Miguel Gant, José Arcos y Eduardo Cejas, que fueron capaces de reflejar en un pentagrama tanto fervor y tanta iluminación para componer títulos tan celebrados como Gloria al Muerto, La Matraca, Recuerdo, cuyos arpeggios han ascendido al cielo envueltos en aromas de incienso y al calor de los corazones inflamados de emoción de los pontanenses, para glorificar al Señor y a su Santísima Madre?

¿Cómo olvidar a Germán Sanchís Morel, autor del himno imperial Legiones Romanas?

¿Cómo no traer a la memoria a la pléyade de profesores de apellidos tan insignes como Cuevas, Ureña, Palomero, Postigo, Cuenca, Delgado, Moreno, Bedmar, Dorado... que con sus notas musicales compusieron bálsamo para las heridas del Señor, tejieron pañuelo de batista fina para las lágrimas de María, y provocaron aceleraciones coronarias armónicas para procesionantes y espectadores?

Y tantos otros, que con su sensibilidad artística, guiados por el amor nazareno y la fraternidad, lograron la dulce mirada de El Terrible como premio a la labor bien compuesta.

La tradición es la herencia cultural recibida de nuestros mayores, amasada cuidadosamente durante largos años y que nosotros, afirmándonos en nuestra historia, hemos de transmitir a nuestros sucesores, preferentemente pulida y enriquecida. Sólo así mantendremos una tradición viva, revitalizada, alejada del ostracismo y con garantías de futuro.

Así lo ha entendido la Schola Cantorum Santa Cecilia, fundada en 1940, rescatando las coplas autóctonas de Puente Genil, cánticos de capilla de los cultos cuaresmales, que comenzaron a fluir a finales del siglo XIX, gracias a la más luminosa conjunción artística de la música y la poesía, encamadas en los ilustres pontanenses Miguel Gant y Miguel Romero, unidos por el sentimiento lírico y su devoción al Santo Sepulcro y a la Virgen de las Angustias, y que llegaron a crear coplas tan sublimes que han alcanzado la consagración en lo artístico y en el sentimiento popular.

Honor y gloria para el dúo artístico formado por José Arcos y Agustín Rodríguez, continuadores de la magnífica empresa comenzada por los dos inmortales Migueles, y que gracias a la feliz coincidencia en el tiempo, en el arte, en la amistad y en el amor a la Semana Santa, proporcionaron a Puente Genil, además de inspiradas marchas procesionales y preciosas descripciones poéticas de nuestro ambiente mananero, títulos de coplas y plegarias tan impresionantes como las dedicadas al Señor de la Humildad, que son parte fundamental de la cultura musical pontanesa y con las que colaboraron en felices ocasiones en la ya nacida Schola Cantorum.

Mención merecidísima para un hombre de alma noble, generosa e impulsiva, que goza de la Eternidad junto a Nuestro Padre Jesús Nazareno: Joaquín Ruiz Millán. Fundador, impulsor, director, maestro, cantor y espíritu de la Schola Cantorum, en la que sembró su virtud de persona y Mananero Ejemplar, consiguiendo superar todos los inconvenientes de un tiempo difícil y crear un estilo de convivencia plena de amistad y amor a la Semana Santa, que ha sido la base de la época dorada y actual de este pilar fundamental e imprescindible de la Cuaresma pontana, que es la Schola Cantorum.

Muchos son y han sido sus componentes. Gloria bendita de Puente Genil. Hombres de diferentes edades, nombres que nos llenan de admiración, nostalgia y sincero cariño; hombres con nombres que llenan nuestra memoria y nuestro corazón, que con sus voces han repartido y van repartiendo hermandad, amor a la Semana Santa y una muestra magistral de la tradición mananera pontana.

Y he aquí, que fruto de la fraternidad y de esas augustas cuestiones mananeras, la Historia nos depara una nueva conjunción de la música y de la poesía, el nacimiento de un nuevo dúo artístico, ya consolidado, Rafael Sánchez Pérez y Carlos Delgado Álvarez de Sotomayor, dignos sucesores de los anteriores, creadores de nuevas coplas que enriquecen lírica y devocionalmente los cultos cuaresmales, absolutamente entregados a la Schola Cantorum, para mayor esplendor de la Semana Santa de Puente Genil y para mayor gloria de Nuestro Señor.

Puente Genil tiene otro canto autóctono, popular como ninguno, de melodía ingenua y solemne, poético; casi desprovisto de adornos musicales: la saeta cuartera.

Tan natural y sencilla para el pueblo llano y de tanto interés y tan digna de estudio para eruditos, historiadores y musicólogos.

Teniendo en consideración la riqueza cultural acumulada por el asentamiento de civilizaciones extranjeras sobre nuestro solar, no es de extrañar que sobre sus orígenes musicales se hayan levantado variadas teorías, desde las que encontraban este origen en los almuédanos de las antiguas mezquitas convocando a la oración, que han llegado a nosotros traducidas al cristianismo; o en cantos sefardíes, que se entonaban en los duelos en todos los lugares de España, pero que sólo en Andalucía logró transformarse en cántico religioso; y finalmente, la hipótesis que hace derivar su melodía de los cánticos que entonaban los franciscanos en sus estaciones penitenciales durante sus misiones.

Sean sus orígenes las costumbres y melodías de la liturgia islámica, judía, mozárabe, cánticos de almuédanos, sinagogales, gregorianos o franciscanos, la verdad es que es un canto llano, lleno de fe y piedad, accesible a todos y auténticas oraciones públicas, con las que los pontanos recordamos y conmemoramos la Pasión y Muerte de Nuestro Señor, y compartiendo sus estrofas, nos reafirmamos en nuestras creencias religiosas, acrecentamos nuestra fraternidad, y mezclando justamente lo místico con la profano, conseguimos ese áurea especial que caracteriza las convivencias cuarteleras de nuestras corporaciones, las cuales, conscientes de la riqueza inapreciable de la saeta cuartelera, las cuida, las conserva en su pureza y las enriquece con nuevas letras, para transmitirla a las nuevas generaciones como un tesoro, para el que Puente Genil se convierte en celoso guardián y ciudad santuario.

Amarrado y sin amor;
con el cuerpo quebrantado,
lleno de sangre y dolor;
fue escupido y azotado
por ser el Hijo de Dios.

Si nos preguntaran por qué procesionamos a nuestras benditas imágenes durante los días de Semana Santa con este carácter extrovertido que nos diferencia, con esa luz y ese colorido que nos distingue, con esas distintas marchas procesionales, esa vitalidad que todo lo invade, Puente Genil podría responder al unísono con una verdad absoluta: Celebramos el encuentro con Jesús Nazareno, con Cristo Redentor, con Cristo Resucitado, en quien hemos encontrado al amigo que nunca falla, con el que hemos tenido la sublime experiencia de sabernos bien queridos.

Y esta experiencia nos produce la alegría de una vida mejor, una vida más digna, más libre, más alegre, más inteligente. Y esta mejor vida, esta dignidad, esta libertad, esta alegría y esta superación espiritual, nos conducen a la formación y disfrute de una humanidad mejor.

Viviendo la Semana Santa en el espíritu del Nuevo Mandamiento, esa alegría se vuelve contagiosa, la amistad se expande y nuestro ser, exultante, quisiera comunicar, cantar y celebrar el estado de gracia de la fraternidad, que ni las miserias humanas pueden destruir. Al mismo tiempo la imagen de Jesús crece a nuestra mirada y en nuestro corazón, y con Él en nosotros crece la razón, crece la libertad y crece la dignidad humana.

Constantemente recordamos el valor cultural que tiene la celebración de la Semana Santa, con tantos y tan luminosos signos externos, de tan arraigada tradición, con tantos

valores humanos incorporados por todos sus costados. ¡Y claro que los tiene! Yo quisiera en estos momentos tener la Luz suficiente para resaltar que cuando sacamos a la calle la imagen de un Hombre, que sin embargo es el Hijo de Dios, también estamos procesionando el relato de su muerte, el modo como el mismo Dios se entrega por nosotros, abrazando la entera miseria humana y dando un beso de Amor sobre todas nuestras cargas. Y con esta imagen por la calle estamos recordando al mundo entero la mayor revolución cultural de la historia de la humanidad, y dice tanto sobre el valor de la persona humana, que cuando sacamos a la calle la imagen de Nuestro Señor, estamos proclamando de la manera más provocadora y más sugerente la afirmación central y el valor infinito de la persona humana, por la cual se entrega el Hijo de Dios, para alcanzar nuestra libertad, porque sólo un amor sin límites puede liberarnos de la miseria.

Dios creyó que merecía la pena entregarse por cada uno de nosotros. Y lo hizo por Amor. Este es el valor absoluto y verdadero. Este es el fundamento del humanismo auténtico. Este es el fundamento, en la opinión de este humilde pregonero, de nuestra Semana Santa. Por eso sacando a Jesús y a María por nuestras calles estamos proclamando el valor sagrado de la persona humana y el amor correspondido del pueblo de Puente Genil con Nuestro Padre Jesús Nazareno y su Santísima Madre.

Esta es la razón por la que Puente Genil procesiona, conmemora y celebra la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor. Por esto la Semana Santa es para el pontanés fervor de espíritu y también gozo, recreo y alegría de los sentidos. Por esto la Semana Santa tiene para los pontanos un inmenso caudal de afectos, porque constituye el centro de nuestra vida espiritual e incluso de nuestra vida familiar y social, porque sabemos que hemos recibido como depósito sagrado esta tradición de fe y devoción, y esa tradición, depurada y enriquecida, hemos de legarla a nuestros hijos con el deseo que sea para ellos, como lo es para nosotros, luz y guía en los afanes de la vida.

Por eso el mananero no surge por generación espontánea. Surge de la raíz y de las entrañas de un pueblo. Nace, crece, vive y morirá en mananero. Conoció la Semana Santa de la mano de sus padres, empezó a vivir mananero en el ensayo iniciático del Día de la Cruz, y hoy lleva de su mano a sus hijos, y sabe muy bien que entre las manos cogidas de dos generaciones, hoy y siempre, entre la piel y la sangre de las venas, brota la misma corriente de sensibilidad y amor, cuando se pone ante Jesús y María, luz y guía de la esencia espiritual de nuestro pueblo.

Por ello: ¡Benditas sean las madres de Puente Genil!, que con su fino sentido de mujer van enseñando a sus hijos el por qué de esta verdad. Y cuando ellos, ensimismados con el brillo del oro y la plata de nuestros romanos y en la belleza de las figuras bíblicas, cuando se quedan absortos en el juego de las llamas de los cirios, las madres les enseñan a buscar la mirada del Señor y de la Virgen, porque en esas miradas encontrarán amor, y les dirán que para El y para Ella, para Jesús y para María, son la llama y el clavel, que para Ellos son los bordados, la música, las saetas, que para el Señor y la Virgen (porque así lo quisieron Él y Ella) Puente Genil sigue celebrando la Semana Santa, que Él, Jesús Nazareno, creó con un beso de Amor Divino.

Por esto: ¡Benditas sean las mujeres de Puente Genil!, por su delicadeza femenina, por su capacidad de sacrificio, por su inagotable amor materno, por su identificación con María, la Madre de Dios. Benditas las mujeres de Puente Genil, porque conmovidas por el Dolor de la Madre, deseando enjugar las Lágrimas de sus ojos, -antes llenos de Amor y

Esperanza y ahora espejos de Amargura-, también con el corazón apenado, elevan su voz y su oración en forma de saeta...

Sin consuelo y amargura
sufre la Madre de Dios
llorando lágrimas puras
por estar su corazón
sentado en la piedra dura.

¿Cómo no te van a cantar Señora?

Si eres pontana INMACULADA
y eres de la villa faro y GUIA
y eres la Reina de los ÁNGELES
y eres LA ESTRELLA soberana
y eres Madre del AMOR conmovida
y eres ROSARIO de lágrimas finas
y eres CONSUELO de la vida
y eres VICTORIA redentora
y eres AMARGURA sin espinas
y eres la VERA CRUZ recatada
y eres ESPERANZA de mis días.
Si del MAYOR DOLOR fuiste herida,
si en la CRUZ TÚ sufriste afligida
con DOLORES de siete puñales,
si de ANGUSTIAS eres la cautiva,
si en la SOLEDAD, Tú, desvalida
con LÁGRIMAS lavaste las heridas
por donde tu Hijo perdió la vida...

¿Cómo no te van a cantar Señora?

Por eso, Señora, yo quisiera,
Madre mía sin consuelo,
que esas lágrimas tuyas
no las absorba el suelo
ni las evapore el viento
ni las seque tu pañuelo.
Que esas lágrimas tuyas,
Madre mía sin consuelo,
que riegan claveles rojos,
sean de mi alma alimento,
que las beba mi corazón,
que de tu Amor está sediento.
Y llenado de tu razón,
sea tu vida mi anhelo,
y mi ser, pleno de tu Amor,
clavel, pañuelo y consuelo
y alivio de tu dolor.

La Semana Santa pontanense cuenta con dos ingredientes básicos sustanciales, que la hacen diferente a las demás conmemoraciones del resto del mundo cristiano. Son los desfiles de figuras bíblicas y el fenómeno socio-cultural de los cuarteles.

Cuando he de explicar a personas no pontanas lo que son los cuarteles, les suelo decir que son las residencias de las Corporaciones, donde se celebran las juntas reglamentarias y las convivencias correspondientes, en las que se ponen en práctica la devoción a nuestros santos titulares y la continua exaltación de nuestras cuestiones mananteras; donde se proyectan, se elaboran, se viven todos los matices de la Semana Santa, cuyo ciclo vital dura exactamente todo el año, porque la Corporación no debe ser tan sólo para la vivencia emocionante de la Cuaresma y de la Semana Santa, sino para el continuo ejercicio de fe, hermandad y entrega de todos y cada uno de los días del año.

También es sabido que el Cuartel es, además, templo de amistad, lugar de encuentro fraternal, botica donde se recompone el espíritu, escuela de la vida, imagen de la nobleza de las gentes de nuestro pueblo y un proyecto de perfección humana.

Si Puente Genil es una Universidad de Humanidades, los cuarteles son facultades magníficas en las que se forman embajadores extraordinarios, que propagan por el mundo entero el buen nombre de Puente Genil, llevando como insignia y estandarte los altos valores humanos, con los que les distingue su singular Semana Santa.

¡Qué poder de captación y qué maravilla de adaptación de lo foráneo la que presenta nuestra Semana Santa!. Raro es escapar de su encanto. Suficiente que un forastero muestre curiosidad por lo nuestro, para que un pontanés le abra de par en par las puertas y le dé la bienvenida con la cordialidad natural de estos lares, certificando la generosa acogida con una uvita de amistad, que será repetida mientras dura la conversación y el visitante esté embebiéndose de nuestro espíritu. La frecuencia de la convivencia y el encanto de la Semana Santa convertirá al forastero en pontanés y en mananero, pues una vez conocido el paraíso es extraño desear lugar y situación diferentes.

Y siendo ya pontanés y mananero se sentirá guiado por la ilusión insuflada, y respondiendo a las exigencias del nuevo estado, como todo mananero en su cuartel, tendrá:

- ♥ El alma gozosa por Amor de Jesús Nazareno y María Santísima.
- ♥ El corazón olvidado de intereses terrenos.
- ♥ Los ojos clavados en la celeste textura del firmamento mananero.
- ♥ Los oídos abiertos a la música pontana que llora nuestra pena y canta nuestra alegría.
- ♥ La ilusión que todo lo alcanza y todo lo inunda haciendo posible la utopía.
- ♥ Y, finalmente, el silencio aceptado por nuestra mente, mientras la mano de Dios nos va modelando el alma con esa palabra olvidada por el mundo y que se llama hermandad, que nos faculta para amar a nuestro prójimo con la luz y el calor de la Divinidad, y desbordados por la Gracia, vibrar de alegría con los hermanos, celebrando el más alto grado de amistad, entregados al deleite de la fraternidad.

También sabemos que vivimos en un mundo dominado por la injusticia; la prisa y la ansiedad han creado angustia vital en nuestro alrededor; se entablan acciones judiciales en cantidad incalculable; guerras crueles y tremendas tensiones de religión y de raza invaden

toda la geografía terrestre. El hombre busca desesperadamente soluciones de emergencia a tanto problema y ha olvidado que el único camino cierto está en frenar la carrera, mirar a lo alto y encontrar la mirada del Nazareno.

En esta tesitura histórica Puente Genil presenta una solución al gran problema: Dar vida y propagar las Corporaciones y sus Cuarteles, porque en ellos se encontrará:

- ♥ Frente al abuso de poder, la caridad.
- ♥ Frente al egoísmo, la generosidad a raudales.
- ♥ Frente a las grandes diferencias sociales, el Evangelio de Cristo.
- ♥ Frente a la angustia vital, el abrazo fraternal.
- ♥ Frente a la tensión mundial, la paz de nuestros cuarteles, que son símbolo de nuestro pueblo y distintivo importantísimo de nuestra Semana Santa. Y son también un invento pontanés, que ofrecemos al mundo, como solución a los problemas que impiden a los humanos mantener y disfrutar una convivencia armónica y duradera.

Y para celebrar la solución a tantos y tan grandes problemas, ofrezcamos también una uvita de vino, fruto de la hermandad, como premio a tanta sabiduría.

¿Que bebemos vino en Semana Santa? ¿Y por qué no, si lo bebemos con mesura y conocimiento, celebrando homenaje a una continuada amistad?

Beber vino con moderación, es salud y medicina. Decía el doctor D. Gregorio Marañón que el vino es uno de los mayores y más legítimos goces que Dios ofreció al hombre y cumpliendo su mandato debemos disfrutarlo sin abusar de él.

Del saber popular hay que apuntar: Alivia los dolores, concilia el sueño, aumenta la fuerza muscular, estimula el sistema nervioso, conforta la vejez y ayuda a la convalecencia.

El poeta Manuel Machado escribió; Vino español..., motor fuerte de oro y sangre, licor que amalgamas el sabor del Amor y de la Muerte... Cuando la linfa se vierte dentro de la sangre, baña el espíritu y la entraña dando una fiera alegría tan nuestra... que se diría que nos bebemos a España.

Y el mismo saber popular continúa: Aumenta el sentido genético, rinde fácil la elocuencia, empuja a la benevolencia, predispone a la asociación, al perdón y al heroísmo.

El poeta pontanés Manuel Reina nos dejó escrito:

¡Oh, vino delicioso, néctar santo,
bálsamo puro al paladar preciso,
que mezclando la risa con el llanto,
conviertes este valle en paraíso!

Y de la tradición popular, yo recojo: Destruye la melancolía y da aquel sentido de euforia por donde la vida transcurre leve, suave y tranquila.

También Platón insistió sobre el asunto: Los hombres lo han recibido como un medicamento, cuyas virtudes inspiran pudor al alma y mantienen la salud y la fuerza del cuerpo. Y más tarde Séneca afirmaba que el vino asegura la curación de la tristeza.

No podemos olvidar que el vino es uno de los grandes conseguimientos de la Humanidad.

Es una bebida bíblica, que dio la bienvenida a Noé finalizado el Diluvio. Y el Eclesiastés recomienda: Alegría del corazón y bienestar del alma es el vino, beberlo a tiempo y con moderación.

Pero sobre todo es una bebida divina, es la bebida del Santo Sacrificio de la Misa, pues en forma de vino el Señor nos dio su auténtica sangre.

Es una bebida excelente, natural, única, fruto de la vid y del trabajo del hombre, que se puede y se debe tomar para celebrar que se tiene qué comer, o que se está entre amigos, que se desea salud y felicidad, que sostiene la esperanza, que abre el espíritu prolongando la juventud.

Es la bebida de la juventud, que propicia al hombre la alegría de ser partícipe del Nuevo Mandamiento, por el que nos ordenó Jesús Nazareno que nos amásemos todos los hombres como Él nos amó.

Y todo esto es digno de celebración.

Recuerdo un versículo del Evangelio de San Juan, que viene a decir: Dentro de poco el mundo no me verá, mas vosotros sí me veréis, pues vivo y viviréis. Esto dijo el Señor, y ya veis, lo prenden los ojos de la fe en lo más recóndito del alma y por virtud del arte lo creamos de forma visible.

¡Señor de la Humildad y Paciencia: Gubia mágica y amorosa fue la del artista que nos facilitó el verte! Por ella en forma humana te vemos hoy, cuando a saludarte acudimos al antiguo convento, cuando puntualmente asistimos a los cultos cuaresmales, para que a la luz de tu sagrada imagen, Tú, Señor, que eres el Hombre Eterno, nos hagas hombres nuevos. Y cuando al atardecer del Miércoles Santo las golondrinas revoloteen entre el convento y la Concepción, esperando que salgas al patio, como si quisieran cumplir el mandato revelado de arrancar las espinas de la corona que dañan tu cabeza divina, te rodeamos para entregarte una oración y contemplarte tan próximos a ti como podamos.

Y he ahí la Luz, el patio recoleto y el cielo infinito. Y el Señor de la Humildad en el centro del espacio mágico. El trono majestuoso, la escultura del Señor de escalofriante belleza. Su atracción es irresistible. La admiración aflora en todos los ojos y por todos sus lados buscamos un algo indescriptible, que llega a transformar la contemplación superficial de una maravillosa obra de arte en un sentimiento profundo de fe, inspirado en la dulzura del Humilde, que parece también contemplarnos a nosotros. Detrás de El, su Santísima Madre la

Virgen de la Amargura, que ya no verá el rostro amado hasta el momento emotivo, multitudinario, enfervorecido, apasionado, vibrante del encierro de ambas imágenes. Sólo fue necesario un instante para que Puente Genil viera por primera vez, comprendiera y asumiera, que en esa madrugada del Miércoles Santo de 2001, estaba en un momento histórico de la Semana Santa de Puente Genil, cuando el Hijo y la Madre se encontraban frente a frente, rodeados amorosamente por el pueblo pontanés, mecidos suave y solemnemente al son de la marcha Recuerdo, para que comenzara, sin ensayo previo, sin ningún director de coro, como una sola voz y un único corazón palpitante, a entonar con la máxima devoción y encendido amor el himno de alabanza a María Santísima Madre del Amor, mientras las benditas imágenes se aproximaban paulatinamente hasta eliminar el espacio físico, como una simbólica despedida hasta el año que viene, entre el entusiasmo inusitado y vivas vehementes de cofrades y un pueblo que asistió por vez primera a uno de los momentos más bellos y espontáneos de la Semana Santa de Puente Genil.

Y esta contemplación admirativa se convierte en meditación, y por nuestras mentes va pasando lentamente las escenas de la Pasión del Señor.

Toda la edad de Cristo transcurrida desde que el justo Simeón le recibiera a la entrada del Templo, reconociéndole como Mesías y luz que iluminará a todas las naciones (según habían anunciado los Profetas), hasta su entrada triunfal en Jerusalén entre vítores, palmas y ramas de olivo. Atrás quedaron sus días de soledad, oración y Tentaciones en el desierto; durante su vida pública predica y obra milagros: Diablo Mudo, Multiplicación de Pan y Peces; retirado con sus íntimos al Monte Tabot, en su Transfiguración, los ilumina con la divinidad que irradia.

Reciente está su predicación en Jerusalén. Las multitudes le buscan más por sus prodigios que por sus consejos. Ha tenido que soportar el aislamiento de la incompreensión; no le fue posible expresarse con claridad: habló a través de parábolas para mentes rudas, no le entendió nadie y alguien le amó a ciegas.

En Jerusalén celebra la Pascua. La muestra de humildad que ofrece en el Lavatorio no la comprenden sus Apóstoles. Su conversación en la Santa Cena confunde a los oyentes y sólo después de consumada su Pasión, Muerte y Resurrección entienden la institución de la Eucaristía. Cuando se retira a orar al Huerto de los Olivos -árboles simbólicos de la civilización mediterránea- en su soledad suda gotas de sangre. Es hecho Preso junto a un viejo molino de aceite, y llevado ante las Autoridades Judaicas. Entre insultos, risas y empujones es conducido y Afligido ante Poncio Pilato. Y donde iba a estar la Salvación, yace la irrisión de la plebe. El que tuvo pañales de carpintero siente tumefactas las manos, mordida la espalda por el látigo, escupido y pateado, mientras permanece atado a una Columna fría. Para descanso de sus sayones, lo sientan en una piedra dura, coronan su regia cabeza de espinas y así nos muestran al Divino Maestro, esperando que la Humanidad cometa el más grande de los disparates.

Finalmente será cargado con la Cruz y con todas las Penas del orbe, para ser crucificado.

Cuando las últimas corporaciones han finalizado sus estaciones de penitencia en el pórtico de la ermita a los pies del Nazareno y un breve descanso nos procuramos en las casas, en los cuarteles o en la calle aspirando la suave brisa que del río asciende hasta el Calvario y que filtrada por los pinos desplaza el humo de las últimas bengalas, el eco de los tambores y los vivas a la Virgen de la Esperanza se agotan en el aire, bajo la luna llena de primavera, que todo lo perfila con su tenue iluminación; la quietud y el silencio se apropian dulcemente del espacio sacro, en la noche que conmemoramos la más sagrada y trágica de todas las noches; y según avanzan las horas, la Esperanza de María Santísima se va transformando en su Mayor Dolor, sólo aliviado por las oraciones de los cofrades, penitentes y bastoneros que, ante la proximidad de la alborada, se congregan en la ermita de Jesús.

Antes de la Diana se reavivan las calles de Puente Genil, crecen los rumores, y desde todos los puntos de lavilla acudimos anhelantes a la plaza del Calvario, cada vez con mayor afluencia, atendiendo la llamada de Jesús Nazareno.

Restando unos minutos para que la luz empiece a desplazar las tinieblas, las puertas claveteadas del templo se abren ante la expectación del pueblo, que ve cómo la imagen de Jesús tiembla suavemente en la primera y silenciosa levanta.

¡Qué sensación causas, Señor, cuando sales de tu ermita y te aproximas a tu pueblo!
¡Qué sensación, Señor, cuando te sitúas en el corazón de Puente Genil, para que tu sangre divina se combine con la de tus hijos, y así celebre nuevamente la Redención del género humano!

En ese momento, Hermano Mayor de Jesús Nazareno, tu cofradía la compone Puente Genil entero. En ese momento, hermano bastonero, piensa que tu ser se está diluyendo en el alma pontana, y tu esqueleto y tus músculos, tu cuerpo se une consustancialmente al de todos los pontanenses, porque Puente Genil quiere ser, como tú, bastonero de Jesús, porque Jesús Nazareno así lo quiere, porque eso le parece bueno.

Y en esos momentos es la presencia de Jesús la que guía la emotiva mirada, que a través de la todavía oscuridad busca la mirada divina.

Y es tu mirada, Señor, la que produce ese estremecimiento interno, no el frescor de la brisa.

Y es tu mirada, Señor, la que nos induce la primera oración del Viernes Santo.

Y es tu mirada, Señor, la que nos causa el brillo en los ojos, que no el reflejo del lucero del alba.

Y es tu mirada, Señor, la que nos motiva esa respiración profunda que hace parpadear la llama del cirio nazareno, la que consigue ese murmullo de admiración, peticiones y sincera devoción.

Bajo el cielo, sobre la empinada cuesta del Calvario ya son presencia tangible Jesús, María, el Discípulo Amado... cuando percibimos que al redoble de tambores y a la luz de las bengalas la formación del Imperio Romano se aproxima hasta Jesús, no para prenderle, sino

para prender el corazón de Puente Genil, y con sus clarines ascenderlo hasta los cielos, impulsado por las notas de la Diana.

No hay partitura más querida, más representativa del pueblo. La Diana a Jesús viene a ser el himno de Puente Genil, porque como tal es aceptado popularmente y por tanto elevado al rango de símbolo, definiendo perfectamente la voluntad y destino nazareno de nuestro pueblo.

Es precisamente en la Diana a Jesús, cuando los pontanos nos encontramos al menos una vez al año a los pies del Nazareno, sin partidismos, sin diferencias, en el ejercicio espontáneo de la fraternidad, en la civilización de la convivencia tolerante.

Es precisamente en la Diana a Jesús cuando Puente Genil se encuentra a sí mismo, por lo que afirmamos que la Diana es uno de los momentos más emotivos e importantes de la Semana Santa, siendo la Semana Santa la seña de identidad más auténtica de Puente Genil.

Es precisamente cuando los pontanos, y entre ellos el que esto pronuncia, se encuentra con su propio yo.

Y es precisamente en ese momento cuando Puente Genil se encuentra con su Dios.

Y en ese encuentro ningún pontanés puede estar ausente espiritualmente.

Yo quisiera, hermano cofrade, hermano bastonero, hermano de la calle, hermano de corporación, hermano creyente, hermano agnóstico, tener el don de reunir a todo Puente Genil en un solo corazón, encontrado y abrazado, doliente y jubiloso, para presentárselo a El, al Hacedor de Encuentros, como tributo de amor, como muestra de amor de Puente Genil a su Divino Patrón.

Ya estaba Jesús al comienzo de la calle de San Cristóbal, cuando los hermanos de El Cirio nos habíamos encontrado con el hermano Ernesto Herrerías para acompañarlo mientras cantaba su saeta a Jesús Nazareno. Los demás le ofrecíamos nuestro apoyo físico; él nos proporcionaba puro alimento para el espíritu. Yo no sé si Ernesto sabía de antemano la letra de la saeta que iba a cantar al Señor. Sí es verdad que su divina presencia le transportaba al éxtasis y según contemplaba al Divino Maestro parecía transformarse. Un brillo especial bañaba sus ojos, y con una delicadeza exquisita iniciaba su cante, elevándose poco a poco, más y más, con una energía que parecía tomada de la tierra que pisaba y tanto amaba, y que conducida por su sangre a través de las venas, al llegar a su corazón se transformaba en amor apasionado, y desde su corazón salía unas veces como plegaria suplicante, otras como oración de consuelo, siempre un lamento dramático en forma de seguiriya, que además de identificarse con su concepción religiosa, se adaptaba justamente a su sentido sincero, austero y solemne de la vida y la mejor forma flamenca de lanzar una saeta, una oración hecha cante, como el mejor modo de ponerse en contacto directo con Dios, a quien ahora acompaña y con Él nos contempla.

La sentencia fue dictada
contra el Divino Jesús,
con perdón en la mirada
toma la pesada cruz
por nuestras culpas cargada.

Ya está Jesús en las calles de Puente Genil Y tras Él, San Juan, María Santísima. y rodeándoles todo el pueblo.

¡Cuánta tradición manantera se manifiesta en la calle de Santa Catalina en esa mañana del Viernes Santo, cuando todas las figuras bíblicas rinden reverente saludo a Jesús Nazareno!. En ese tramo del Jerusalén pontanés, donde la abigarrada y multicolor multitud se concentra y representa la Historia Sagrada del pueblo elegido y la Pasión del Señor, bajo un cielo luminoso, desde la acera o desde cualquier balcón, percibiremos como las figuras van formando larga fila y esperan que Jesús doble la esquina de la calle Linares y sea situado en el extremo de la calle Santa Catalina, para paulatinamente, con el refulgir de los cascos, lanzas y armaduras, el vivo colorido de terciopelos, el brillo de los oropeles, el bamboleo de los mantos bíblicos, avanzar hacia Jesús, entre penitentes y cofrades, cera e incienso y lirios morados, y llegando a los pies del Nazareno, con suma humildad levantar los ojos a través de las rendijas de la celada romana o del rostrillo de la figura correspondiente, y sobre la mirada de los bastoneros, alcanzar el rico trono de ébano, recorrer con la vista la imagen del Terrible Nazareno y buscar, una vez más, en el contraluz de la mañana, su dulce y profunda mirada, tratando de decirle cuánta devoción y cuánto amor nos inspira. Y luego, con tres movimientos ascendentes, solemnes, la figura bíblica le ofrecerá el martirio que porta en penitencia, y tras realizar una profunda reverencia, se retirará emocionado por el encuentro tenido con el Hijo de Dios.

Toda la calle esta ocupada por los participantes en este acto tan devoto, intercalados los personajes entre los Pasos procesionados y en los lugares que les corresponden, cuando los sones de la marcha triunfal con la que desfila el Imperio Romano llena con sus redobles y arpegios todo el volumen de la calle, dando lugar a un espectáculo difícilmente descriptible por la variedad de colores y la intensidad de la luz y el sonido, pero que se palpa y se saborea en el ambiente, como el mejor regalo para los sentidos. Y allí son los Misereres para el Señor y el Stabat Mater para la Virgen. Allí las saetas y los vivas. Allí el delirio de un pueblo que, movido por la fe y por el amor, proclama a Jesús Nazareno como el Mesías esperado y el Redentor del mundo.

Si nos pudiésemos trasladar veinte siglos atrás, viviendo la auténtica Pasión de Cristo, y si reflexionásemos un momento:

No se asemeja la respiración fatigada del hermano bastonero a la respiración entrecortada de Simón Cirineo?

¿No son los dos maderos de la cruz de Jesús los que crujen al unísono en el paso de misterio por las calles de Puente Genil?

¿No son esos suspiros que oyes a tu lado los de aquellas mujeres en la calle de la Amargura?

¿No son las reverencias de las figuras bíblicas pontanas en la calle de Santa Catalina las muestras de amor de los justos varones y mujeres piadosas en las calles de Jerusalén?

¿Y la mirada del Nazareno? ¿No será que con su mirada, y su dolor, y su silencio, hace guardar silencio al hombre, porque en ese dolor inmenso no pretende enterarse de cuánto le amamos, sino que nos enteremos de cuánto nos amó Él?

Así se entiende cuando de Él nos despedimos, reverente y amorosamente, bajo el arco de su ermita, en la tarde del Viernes Santo, y le decimos:

Señor, he mirado tus ojos y en tu mirada he visto el alma de mi pueblo. Permíteme mirarte un año más. Permíteme, querido patrón, sentirte un año más. Y cuando mis ojos ya no consigan abrirse, permíteme, si es posible, ajustar mi espíritu a la sombra de tu cruz, para gozar de tu Luz eternamente.

Cristo fue crucificado en el Calvario. Antes de morir de tan infame manera, pronunció sus últimas palabras de Misericordia. Cristo fue sepultado. El corazón de María, además de Dolor, rebosa Angustias, Lágrimas y Soledad. Lejos retumban los graves tambores y chirrían las cadenas. Cercano el río, se hace salmodia mariana. Calladas las campanas en su sueño de bronce, María -Angustiada y Sola- va tras los pasos de San Juan Evangelista por el casco antiguo de la Villa, siguiendo la estrecha vía de encendidos cirios penitentes del cortejo de albinegros picoruchos, bajo la reluciente luna de parasceve. Y el Padre Eterno, conmovido por el supremo sufrimiento de la Madre, dispuso de la noche y de las estrellas del firmamento un manto celestial, para cubrir y acompañar a la Virgen de la Soledad en su caminar hasta el Dulce Nombre de Jesús, entre las saetas y los cánticos de un pueblo fervorosamente apasionado.

Como estaba profetizado, Jesús resucitó al tercer día. La Pasión se ha transformado en Resurrección y Vida. ¡Aleluya!

El género humano se llena de alegría y esperanza, de alegría y esperanza que le ayuda a vencer las angustias y temores que esclavizan al hombre de siempre y más al hombre contemporáneo; porque Cristo Resucitado, cuando se aparece a sus discípulos, les transmite paz y sosiego. Sus primeras palabras son: ¡No tengáis miedo!. No tengáis miedo al mal que el hombre ha creado y que cada día es más peligroso para él. No debemos de tener miedo de nosotros mismos, porque hemos sido redimidos. No tengáis miedo de disfrutar, implantar y ejercitar la fraternidad de nuestros cuarteles en el orbe entero; no dudéis en pregonar las magníficas vivencias y el espíritu de nuestra singular Semana Santa, porque será el antídoto para los males que aquejan a la Humanidad, porque será el triunfo de la bondad sobre la

malicia, del resurgir de la conciencia humana, con la seguridad de que Jesús Nazareno es el Alfa y Omega de la Historia del Hombre, y en sus manos tiene las llaves de la muerte. Si con su muerte arrancó toda la mala yerba de desventura, con su resurrección nos abrió de par en par las puertas de la Vida y la Esperanza, porque Jesús Nazareno es Amor hecho hombre, Amor Resucitado, Amor presente entre los pontanos.

Y Puente Genil resplandeciente, inmensamente feliz, iluminado por la Luz de la Resurrección de Jesús, repica a Gloria y se lanza a la calle radiante de luz y alegría en magnífica procesión, como resurgido en una nueva primavera generadora de Vida, para anunciar y confirmar al mundo que Jesús Nazareno Resucitado es el único Dios, el Dios del Amor, el hacedor de Encuentros.

Entre dos aceras de azahar y de una multitud gozosa, todas las Corporaciones de Puente Genil, todas sus Figuras Bíblicas desfilan, según el orden cronológico establecido en las Sagradas Escrituras, dando la última lección del año de fe y devoción, de historia sagrada y catequesis práctica al pueblo de Puente Genil y a los muchos visitantes, que acuden maravillados por la originalidad y el derroche de luz y color con que Puente Genil representa la Pasión de Jesús, los símbolos de la religión y la historia del pueblo hebreo hasta la Resurrección de Nuestro Señor, que al fondo se distingue, Resucitado, como flotando sobre el mar de plumero blancos del Imperio Romano, que le escolta al son solemne de sus marchas lentas, reconociendo en Él la Divinidad del Hijo de Dios.

Y así, Puente Genil se reafirma un año más en su origen y destino nazareno; y de la tradición hace historia asegurando que si Jesús Nazareno es el amo de todas las cargas del pueblo, Puente Genil, por amor, es el pueblo de Jesús Nazareno.

Siendo éste el auténtico sentir, y fuerte el pueblo así lo reclama, con amor y devoción proclama: Tú eres el Patrón de Puente Genil.

He dicho.

